

el servir en algunos oficios domésticos, para los cuales mostraba buena habilidad. La enseñanza del latín tropezaba allí con la grave dificultad de la falta de libros. Hubo de suplirla el P. Anchieta con sus apuntes, y hasta en varias ocasiones escribía versos y poemas, que suplían bien ó mal la falta de Virgilio y Horacio.

Después empezó á acompañar al superior de la misión, Manuel de Nobrega, con quien se ensayó en la vida apostólica. Aun antes de ser sacerdote se le empezó á mandar á ciertas misiones difíciles, y tal vez sucedió que hubo de quedar cautivo varios meses entre los bárbaros, no sin grave peligro de la vida. Fué ordenado de sacerdote en 1566; después fué rector del colegio de San Vicente, y durante siete años Provincial del Brasil. Su vida entera es una serie interminable de milagros y profecías, cuya repetición suele cansar á los lectores modernos. En esto lo que debemos deplorar es, que con el afán de referir milagros y más milagros, se han descuidado nuestros historiadores de poner en orden los hechos de tan portentosa vida. De aquí se sigue que, habiendo sido el P. Anchieta durante casi medio siglo el alma de la misión del Brasil, sepamos relativamente poco acerca de sus trabajos apostólicos y de la dirección que dió á toda la provincia. En lo que nadie duda es en reconocer en el P. Anchieta las más eminentes virtudes religiosas, esmaltadas con los dones de Dios más sorprendentes y admirables (1).

14. Terminaremos este capítulo consagrando un ligero recuerdo á la expedición á Egipto hecha por el P. Cristóbal Rodríguez. En el pontificado de Paulo IV dejóse ver en Roma un hombre oriental llamado Abraham, que se decía embajador del Patriarca de los coptos, Gabriel, y que traía cartas suyas para dar la obediencia al Sumo Pontífice. Las cartas estaban en árabe, y no hubo en Roma quien las pudiese descifrar, y así faltaba todo apoyo á las palabras del tal embajador. Muchos creían que aquello era una de tantas patrañas como entonces se inventaban, para introducirse con altos personajes. Muerto Paulo IV, su sucesor Pío IV encargó al Cardenal Alejandrino examinar la sustancia de este negocio. El santo Cardenal escribió al cónsul de Venecia en el Cairo, preguntándole si era ver-

(1) Del P. Anchieta escriben largamente cuantos historiadores tratan de nuestras misiones del Brasil. Excusado es advertir que en esta brevísima reseña no pretendemos, no ya profundizar, pero ni siquiera delinear la vida del P. Anchieta. Contentámonos con insinuar el carácter de este hombre extraordinario, esperando que otros estudien de propósito y describan detenidamente los pasos de una vida tan portentosa.

dad que el Patriarca de los coptos había mandado tal embajada. Respondió el cónsul afirmativamente, y con sus cartas venían otras del Patriarca, en las que recomendaba la persona de Abraham y pedía á Su Santidad, que le enviase una persona de confianza, para tratar con ella de la reunión de la Iglesia de los coptos á la católica romana.

Con gran júbilo recibió Pío IV esta noticia, y llamando al P. Laínez, le pidió dos Padres para esta jornada. De común acuerdo resolvieron ambos nombrar por legado apostólico al P. Cristóbal Rodríguez, asociándole en la empresa al P. Bautista Eliano, judío convertido, que sabía diez lenguas y podía entenderse directamente con el Patriarca. Salieron de Roma ambos Padres, con el Hermano coadjutor Juan Bravo, el 2 de Julio de 1561. Con ellos iba el embajador Abraham. Llevaba el P. Cristóbal un buleto de Su Santidad para el Patriarca y varias alhajas que, como presente, le ofrecían el Papa y algunos cardenales (1).

15. Llegaron al Cairo el 26 de Noviembre, y aunque el P. Cristóbal había querido verse con el Patriarca, antes que le hablase Abraham, no pudo conseguirlo. El pérfido embajador se adelantó y previno al Patriarca de lo que creyó conveniente. El 1.º de Diciembre avistóse con él nuestro P. Rodríguez, y, sirviendo de intérprete el P. Eliano, le hizo un breve razonamiento, alabándole el deseo de unirse con la Iglesia católica, demostrándole la necesidad de reconocer por superior al romano Pontífice, y haciéndole de parte de éste los más cordiales ofrecimientos. Terminó su discurso presentándole el buleto. Después de haberle hablado dos ó tres veces le ofreció los dones de Su Santidad. Respondió el Patriarca con algunas frases corteses y depositó las alhajas en casa del cónsul de Venecia, hasta poderse las llevar sin el registro de los turcos, cuya codicia era temible (2). En los días siguientes repitiéronse las conferencias, en las cuales el legado, según las instrucciones que llevaba, rogó al Patriarca que enviase algunos obispos al concilio de Trento, próximo á reunirse, y mandase además algunos jóvenes para que estudiaran en Roma y cobrasen afición á la Silla apostólica. El Patriarca respondió que esto merecía pensarse despacio. Entretanto agenciaba

(1) Todos los sucesos que siguen los tomamos de un mazo de cartas que se conservan escritas por el P. Cristóbal Rodríguez al P. Laínez.

(2) Estas primeras noticias de su expedición las da el P. Rodríguez en carta al Cardenal Alejandrino. Cairo, 10 de Diciembre de 1571. Consérvase esta carta junto con las dirigidas al P. Laínez.

la traslación de las alhajas á parte segura, y cuando ya las tuvo fuera del alcance de los turcos, empezó á mostrar despego y desdén á los Padres.

Pronto entendieron éstos que en aquel negocio no se procedía con sinceridad. Á principios de 1562 propuso el P. Cristóbal que se nombrasen algunos hombres doctos, con quienes tratar del objeto de su legacía. El Patriarca designó al mismo Abraham y á otro llamado Jorge. Disputó el Padre con ellos acerca de la obediencia que se debía al Sumo Pontífice y acerca de otros puntos en que los coftos se habían desviado de la verdadera fe. Principalmente se esforzó en demostrarles el error en que estaban, de creer que en Jesucristo había una sola naturaleza. No tenían qué responder Abraham y Jorge, y buscaron el efugio de decir que en la sustancia convenían con los católicos, y que sólo diferían en los términos. Pidió el P. Rodríguez al Patriarca, que escribiese una carta al Sumo Pontífice dándole la obediencia. Él se la prometió dar al día siguiente. Volvió por ella el Padre, y encontró al Patriarca acompañado de Abraham y Jorge, los cuales entablaron acalorada disputa con el Padre. Decían que el Papa no tenía derecho á exigir tal obediencia. Esforzóse el P. Rodríguez en probar la sumisión que deben todos los cristianos á Su Santidad. Ellos repetían que, después de establecidos los patriarcados, ninguno de ellos tenía obligación de obedecer al otro, y que tan superior era el patriarca Gabriel entre los coftos, como el Papa entre los católicos. No pudo el P. Rodríguez vencer la obstinación de aquellos hombres, y volvióse afligido á su posada.

Aun continuó en Egipto algunas semanas, y habiéndose retirado el Patriarca, al principio de la cuaresma de 1562, á cierto monasterio que estaba cinco jornadas del Cairo, fué tras él nuestro P. Rodríguez, para ver si sacaba algo. En este viaje entendió la práctica de los coftos, de no bautizar á los niños hasta después del uso de la razón. Expuso al Patriarca lo pernicioso de esta costumbre, pues privaba del cielo á tantos niños como mueren en los primeros años, y le rogó que remediase este abuso. Sin interesarse mucho por las observaciones del Padre, respondió el Patriarca que si él quería, podía bautizar á cuantos niños encontrase. Hízolo así el P. Rodríguez, y tuvo el consuelo de introducir en la gloria á no pocos niños y á tal cual moribundo, á quien pudo disponer para una buena muerte.

Volviendo al objeto principal de su misión, probó otro esfuerzo para reducir al Patriarca. Redactó una carta de obediencia al romano

Pontífice, y varios capítulos en que se explicaban los artículos de la fe en que parecían los coftos apartarse de la Iglesia romana. Presentó al Patriarca estos documentos, rogándole que los firmase. Antes de hacerlo remitió éste los escritos á un sacerdote suyo, á quien respetaba por su doctrina. El doctor consultado se puso furioso al leer aquello, diciendo que los escritos estaban llenos de herejías. Volvieron otra vez las disputas, hasta que un día, hablando el Patriarca confidencialmente con el P. Rodríguez, le manifestó con franqueza el origen de todo aquel negocio. Éste era que, deseando Abraham ver las maravillas de Italia, le había pedido una carta de recomendación para el Papa. Con ella se había presentado Abraham en Roma. Mas como allí naciesen sospechas contra él, y aun le hubiesen metido en la cárcel por falsario, Abraham le había escrito que estaba en grande riesgo, si no daba á entender que era embajador del Patriarca de los coftos para ofrecer la obediencia al Papa. Por librar, pues, á Abraham de aquel peligro, había escrito la segunda carta, que mandó con la del cónsul de Venecia. Entonces entendió el P. Rodríguez la inicua farsa que aquellos hombres estaban haciendo. Dió cuenta de todo por cartas á Su Santidad y al P. General, preguntándoles si permanecería en aquel país, ó pasaría á otras misiones, ó se volvería á Italia. Escogieron en Roma lo último, y con esto el legado con sus dos compañeros abandonaron el Egipto, llevando la gloria de haber obedecido, de haber orado y trabajado mucho, aunque sin conseguir el principal fruto que deseaban (1).

De buen grado nos extenderíamos en referir otros trabajos de jesuítas españoles fuera de España, pero es preciso limitarse. Sólo recordaremos que, según los catálogos de 1573 y 1574, vivían fuera de España unos ciento treinta jesuítas españoles. No se puede precisar el número, porque no consta que sean españoles algunos sujetos que llevan nombre español. En muchos catálogos de aquel tiempo se expresa la patria de cada individuo, pero en algunos falta este requisito, aunque por el nombre se adivine el país del sujeto. ¿De dónde sino de España pueden ser, v. gr., tres Hermanos que aparecen en Nápoles con los nombres de Carrillo, Briones y Solórzano? No todos estos sujetos eran superiores ú operarios. Algunos estaban haciendo los estudios, otros eran Hermanos coadjutores,

(1) Todos estos datos sobre negociaciones con el Patriarca de los coftos los tomamos de la carta del P. Rodríguez al P. Lainez, Cairo, 7 de Abril de 1562, que está entre las otras que conservamos de dicho Padre.

pero, de todos modos, no se puede negar que la presencia de tanto español fuera de España, y sobre todo, la circunstancia de ocupar jesuitas españoles los puestos principales en varias provincias extranjeras, así como es una gloria para nuestra patria, así pudo dar ocasión á lo que vino después de la muerte de San Francisco de Borja.

---

## LIBRO III

Vida y acción de la Compañía en los tres primeros generalatos.

---

### CAPÍTULO PRIMERO

FERVOR DE NUESTROS PRIMEROS PADRES.—DIRECCIÓN DE SAN IGNACIO

SUMARIO: 1. Fervor con que hicieron los Ejercicios los compañeros de San Ignacio.—2. Abnegación y humildad en el noviciado de Simancas.—3. Principios de los noviciados de Medina y Villarejo.—4. Actos de pública mortificación, hechos en las calles y plazas.—5. Excesos imprudentes en darse demasiado á la vida contemplativa.—6. Los PP. Oviedo y Onfroy reprendidos por San Ignacio.—7. Costumbres de la casa de Gandía.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio*.—2. *Monumenta Ignatiana*.—3. *Epistolae mixtae*.—4. Archivo Histórico Nacional, *Jesuitas*.—5. Castro, *Historia del colegio de Alcalá*.—6. Polanco, *Historia S. J.*—7. *Litterae quadrimestres*.—8. *Sanc. Franciscus Borja*.—9. *Epistolae Hispaniae*.

1. Hasta aquí hemos seguido la serie de los sucesos más importantes que ocurrieron en la fundación y desarrollo de la Compañía de Jesús. Hemos asistido á la apertura de sus colegios, á las primeras misiones de sus operarios, á las primeras persecuciones que se levantaron contra ellos, y á las empresas principales que acometieron por la gloria de Dios. Pero la historia de la Compañía quedaría muy imperfecta con la mera narración de esos hechos exteriores. Es preciso descender á otras cosas menos brillantes, pero que son de capital importancia en la vida de una Orden religiosa. Vamos á penetrar dentro de nuestras casas, vamos á examinar cómo procedían nuestras comunidades, y aquí mejor, tal vez, que en los libros precedentes, aprenderemos lo que era y lo que debe ser la vida de la Compañía.